

FERNANDO CHUECA GOITIA

**HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA
OCCIDENTAL
I. DE GRECIA AL ISLAM**



MADRID, OCTUBRE DE 2000

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA OCCIDENTAL
I. DE GRECIA AL ISLAM
(Edición octubre 2000)

© Fernando Chueca Goitia
© Cie Inversiones Editoriales Dossat 2000
Avda. de Pío XII, 57. 28016 Madrid
www.ciedossat.com
comercial@ciedossat.com
ISBN: 84-95312-32-8
Depósito Legal: M - 37678 - 2000
Impreso en España. Printed in Spain

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión,
de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico,
mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

II

LA ARQUITECTURA ISLAMICA

La mezquita de la Roca en Jerusalén

Este es el primer monumento del arte islámico y como tal está lleno de problemas y oscuridades para su perfecta comprensión. Todavía el arte islámico, en fase tan incipiente, no ha llegado a formulaciones propias ni a adquirir madurez y perspectiva tradicional. Tiene, pues, que valerse de las culturas y de las artes ajenas para poder avanzar, y si esto fue, al correr del tiempo, tan típico del arte musulmán, en sus comienzos lo fue todavía más.

La mezquita de la Roca, llamada también erróneamente mezquita de Omar, pues no fue este califa quien la construyó, sino el omeya Abd-al-Maliq (685-705), debió empezarse hacia 691 por arquitectos sirios o bizantinos, cuyo más leve rastro desconocemos, porque algunos nombres que se han propuesto son de administradores, de encargados del control financiero o de artistas muy posteriores que intervinieron en obras de remodelación o de decoración.

La mezquita de la Roca supone un intento de contrapesar la influencia absorbente de la Meca creando otro santuario de peregrinación en Palestina, es decir, en los territorios (Siria, el Líbano, el oriente mediterráneo) donde gravitaba el poder de los omeyas. Según la tradición piadosa, Mahoma, en su famosa noche camino de los cielos, abandonó la tierra desde esta roca, punto más alto del templo de Jerusalén. La Sakhara o Roca podría, por lo tanto, convertirse en uno de los santuarios más excelsos del Apóstol de Dios y el único capaz de competir en dignidad religiosa con la Kaaba de la Meca.

Abd-al-Maliq consagró, por lo tanto, esta roca envolviéndola, como en un lujoso relicario, en una construcción cupuliforme de planta central. El hecho de adoptar la planta central, tan poco

usada anteriormente en la arquitectura religiosa islámica, obedece aquí a razones obvias (Fig. 129). Para encerrar a roca o poderla rodear como un objeto de veneración se impone la forma circular, un espacio central y un deambulatorio. Dícese también que la presencia en Jerusalén de la magna construcción constantiniana del Santo Sepulcro pudo excitar la emulación de los omeyas, que necesitaban también construcciones de prestigio con que exaltar los valores de la nueva fe.

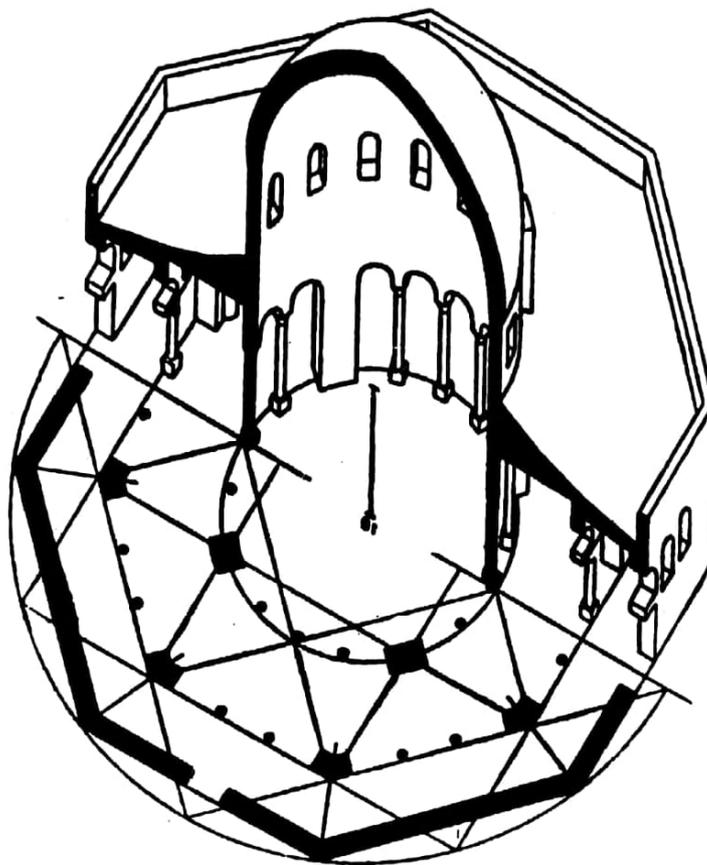


Fig. 129. Damasco. Mezquita de la Roca. (Coisy.)

Por razones de su inevitable estructura centralizada, la mezquita de la Roca se encadena a una larga tradición clásica, que aquí adquiere modalidades modernas, tratamiento *sui generis* y un sello, si bien incipiente, que denota islamismo. Del Panteón de Roma, del templo de la Minerva Médica y de tantos espacios cupuliformes romanos derivan monumentos funerarios, como el mausoleo de Santa Elena y el de Santa Constanza (324-326) en Roma, y el más noble de todos ellos, el Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalén, levantado por Constantino en 335.

En estas construcciones de planta circular del período paleocristiano se intenta aligerar los muros que sostienen las pesadas cúpulas sustituyéndolos por arcadas sobre columnas, lo que indica un deseo de conjugar la construcción abovedada y sólida con la ligereza de la disposición basilical. Entonces se da, hasta cierto punto, lo que podemos llamar la basílica anular, es decir, la basílica que se enrosca sobre sí misma. Esta tendencia puede considerarse que llega al máximo en la mezquita de la Roca, donde incluso la cúpula se aligera y se convierte ella misma en armadura de madera, en *charpente* (Fig. 130). Esta tendencia al aligeramiento coincide perfectamente con lo que va a ser una constante de la arquitectura musulmana, en busca de soluciones estructuralmente

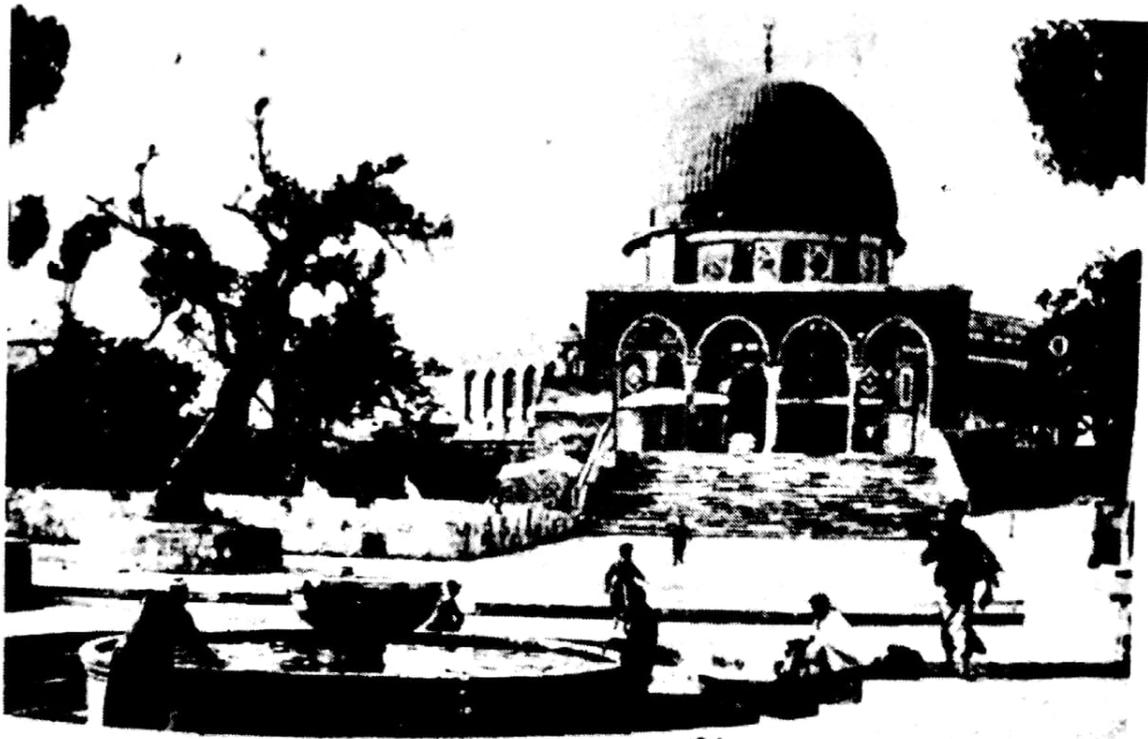


Fig. 130. Mezquita de la Roca. Vista general.

fáciles, de poco coste, y que puedan elevarse en poco tiempo. Lo que buscaron casi siempre los musulmanes fue una gran efectividad con el menor dispendio y en el plazo más corto. Por eso fue luego la decoración, que podía provocar mejor el efecto requerido, la que se prodigó con más empeño y fastuosidad.

En el deseo de esta simplificación estructural se llegó a otro compromiso: el espacio central cupuliforme se dejó de planta

circular, atendido a la forma esférica de la cúpula, pero los espacios anulares del doble deambulatorio se transformaron en polígonos, rompiéndose la homotecia geométrica. Estos polígonos son octogonales, imponiéndose desde los comienzos una forma que será característica de la arquitectura musulmana. Dos cuadros inscritos en el círculo exterior permiten un fácil trazado geométrico para situar los pilares resistentes de la estructura. Entre estos pilares se colocan las columnas. Todo es geométrico e ingenioso a la vez.

La decoración es de una riqueza extraordinaria y de un indudable sabor bizantino, pero en su análisis hay que proceder con cautela porque la decoración original ha sido adulterada al correr del tiempo por haber sido deteriorada, por el deseo de hacerla todavía más esplendorosa o por el cambio de las modas (Fig. 131). De todas maneras, tan intrincados problemas no pueden ser abordados aquí. En principio, tanto en el interior como en el exterior las partes bajas están revestidas de mármoles polícronos formando tableros y recuadros al gusto bizantino. Columnas y capiteles de mármol, estos últimos de gran pureza clásica todavía y de estilo corintio, ayudan con la riqueza material y el color a la magnificencia del conjunto. Las partes altas de los muros y el tambor de la cúpula están revestidos de mosaico, utilizándose temas tan clásicos como los roleos de acanto. Exteriormente, los antiguos mosaicos han sido sustituidos por azulejería. En el interior, la armadura de madera de la cúpula y su entablado están recubiertos por una capa de yeso decorada con arabescos polícromos y dorados. Exteriormente, una cubierta de plomo recubre la media naranja.

La mezquita mayor de Damasco

En tiempos del califa Al-Walid la población musulmana de Damasco había crecido muy considerablemente, tanto por inmigración como por conversión, y era necesario preparar una gran mezquita capaz de contener una población numerosa y de competir en magnificencia con las mejores iglesias sirias. En el lugar donde ahora se alza la gran mezquita de Damasco se encontraba un gran templo pagano, al parecer transformado por el emperador Teodosio (379-395) en iglesia cristiana y dedicada a San Juan

Bautista. Más tarde parece que en el recinto del antiguo templo, en el *temenos*, convivieron cristianos y musulmanes, estos últimos orando ante un mihrab, llamado «de los compañeros del profeta», que estaba en uno de los pórticos del *temenos*. Cuando Al-Walid quiso construir la gran mezquita, el año 707, adquirió la iglesia a los cristianos, la derribó y pudo disponer de todo el antiguo recinto para organizar el gran santuario. El *temenos*

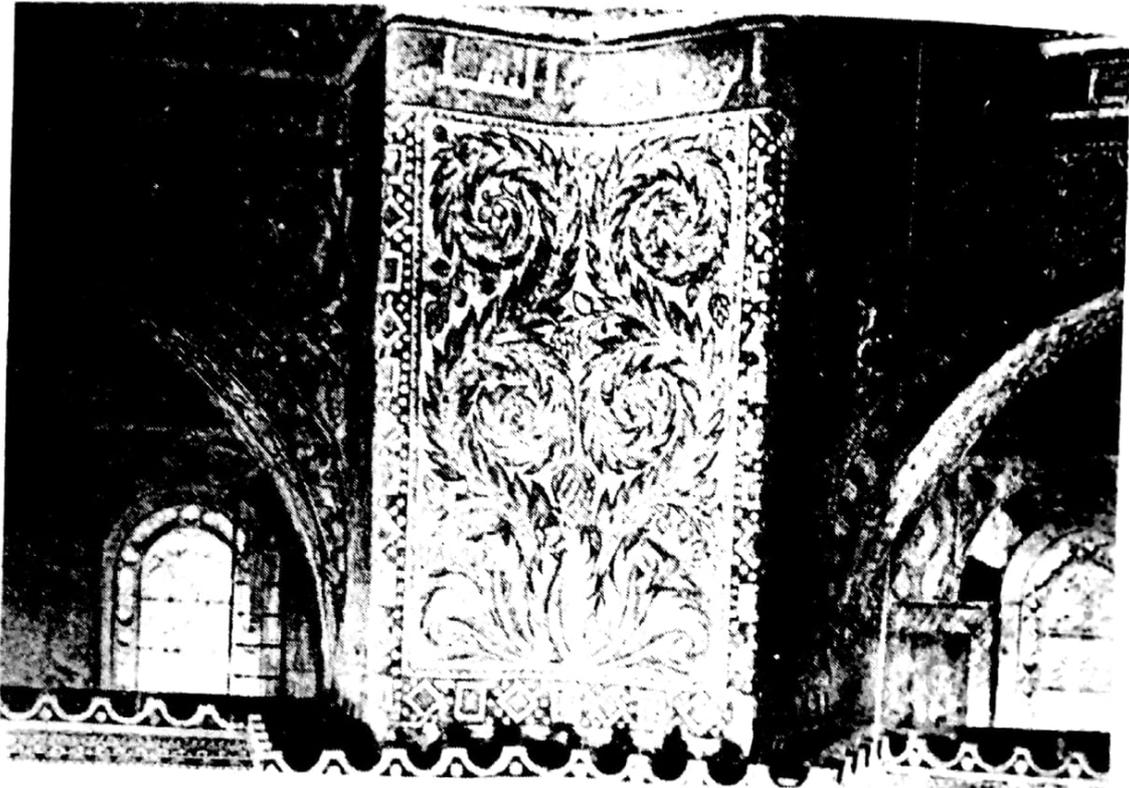


Fig. 131. Mezquita de la Roca. Decoración musivaria.

condicionó en gran medida a la futura mezquita. Se respetaron las entradas al este y al oeste, que quedaron como entradas al patio de las abluciones o *Sahn*, y desde las puertas hasta el muro sur, convertido en muro de la *Kibla*, se construyó a todo lo largo del recinto la sala de oración, que vino a tener 40 metros de fondo y 140 de longitud, aproximadamente. El *Sahn*, por dejar libres las puertas del *temenos*, resultó más ancho (unos 60 metros) que la sala de oración. Desde entonces estas proporciones relativas prevalecieron en muchas mezquitas (Fig. 132).

Algunos estudiosos, como Watzinger, Wulzinger y Dussands, sostienen que la actual mezquita fue primero iglesia, la segunda iglesia construida en el lugar después de la de Teodosio, pero

esto ya no se puede sostener después de las concluyentes pruebas de Creswell, el gran arqueólogo y arabista inglés. Es absolutamente cierto que la construcción se debe a Al-Walid y que fue desde

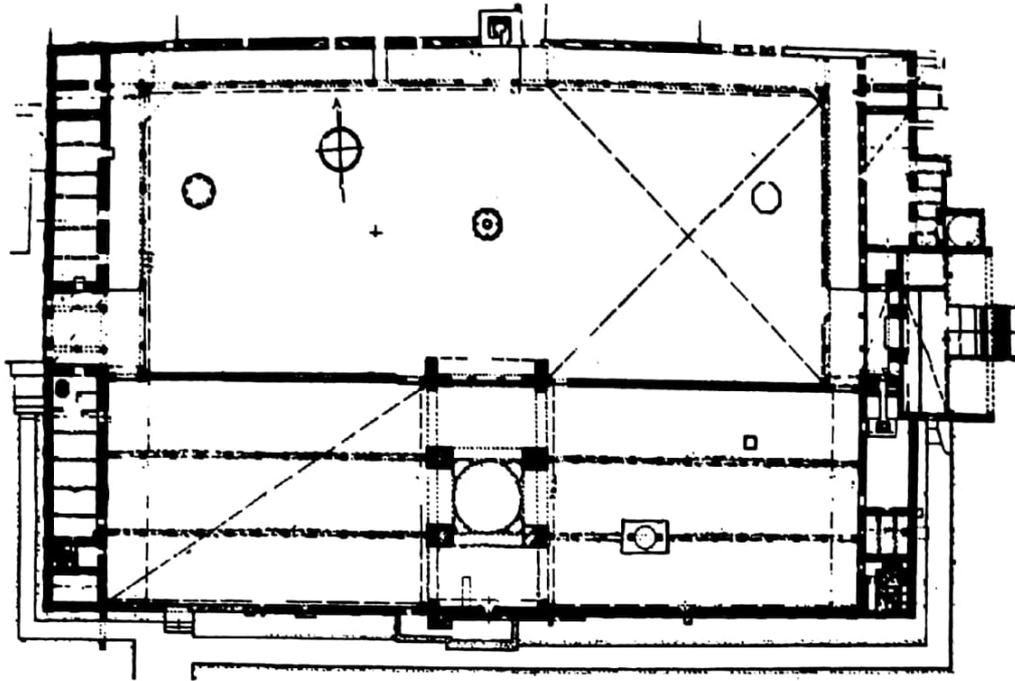


Fig. 132. Mezquita Mayor de Damasco. Planta. (Creswell.)



Fig. 133. Sistema de naves en la Mezquita Mayor de Damasco.

el origen concebida para mezquita una vez que el califa tuvo las manos libres para planear todo el recinto.

La idea del patio y la sala de oración, abierta al mismo a todo lo largo de la fachada, no podía nacer más que del planeamiento específico del templo islámico. No se hubiera concebido una iglesia uno de cuyos flancos quedara totalmente abierto a un patio, sin embargo, es lo propio del santuario islámico, de cuya morfogénesis inmediatamente hablaremos.

Los constructores de Al-Walid pensarían que la mejor manera de cubrir el espacio destinado a la sala de oración sería mediante una sencilla división en tres naves, según lo habían visto repetirse en las iglesias cristianas. Sin embargo, como aquí la idea es otra, estas naves no son de desigual anchura, sino exactamente iguales, para repartir mejor el espacio y cubrirlo con más economía. No tienen tampoco diferente altura, pues no se trata de una basílica, sino más bien de una apadana o sala de columnas. Las arquerías que separan las naves se sostienen sobre columnas romanas con magníficos capiteles corintios. Encima de los arcos de medio punto se abre otra arquería calada para dar mayor altura a los planos de sustentación (Fig. 133). El efecto de la enorme sala resulta así simple y grandioso, de una monumentalidad extraordinaria. Cuando estaba todo el interior revestido de mosaicos bizantinos (Al-Walid hizo traer especialistas de Constantinopla), debía ser sorprendente.

En medio de esta estructura simple e indiferenciada, los constructores omeyas introdujeron una especie de crucero en el centro de la sala de oración cuyo tramo central está coronado por una cúpula. Se ha discutido si esto es también una influencia del cristianismo. El cuerpo del crucero se acusa en la fachada al patio según una disposición que recuerda, según Creswell, al palacio de Teodorico en Rávena, representado en uno de los mosaicos de San Apolinar Nuovo. El palacio ravenense parece a su vez inspirado en el vestíbulo del Augusteion de Constantinopla, ya desaparecido, y que pudo influir en los constructores omeyas, tan supeditados al arte bizantino.

Otras obras de Al-Walid fueron: la mezquita el Aqsa de Jerusalén, que repite la estructura de arquerías sobre columnas, más arquería transparente encima (de todas maneras queda poco en la gran mezquita de Jerusalén de obra omeya) y la reconstrucción de la mezquita de Medina.

Los omeyas de Damasco también construyeron numerosos palacios, la mayoría desaparecidos, y otros cuyas ruinas se esparcen por los desiertos sirios y sólo desde hace pocos años están siendo objeto de estudio mediante excavaciones. De estos palacios omeyas el más importante es el de Mshatta, algunas de cuyas decoraciones revelan una tradición helenística muy orientalizada a fuerza de densificar y recrearse en los motivos hasta convertirse en arabescos. Otras construcciones, como Qusayr Amra, presentan pinturas donde no faltan las figuras desnudas, realistas o alegóricas, de acento marcadamente helenístico.

La arquitectura de los abbasidas

Con el triunfo de la dinastía abbasida en 750 va a triunfar la tradición irania, tanto por el cambio de capital, trasladada desde Damasco a Bagdad, como por la enorme influencia que van a tener los persas en la corte, cada vez más orientalizada. De la fabulosa Bagdad no queda nada. Fundada la ciudad por Al-Mansur el año 762, se dirigió el califa a todos los confines del Imperio en demanda de constructores, ingenieros y operarios de todas clases para dar comienzo a los trabajos, que debieron llevarse con toda celeridad. Así fue surgiendo la famosa ciudad circular trazada por Al-Mansur, cuyo diámetro venía a ser de 2.638 metros. Cuatro puertas principales, colocadas equidistantes, recibían el nombre de las ciudades hacia las que se abrían y por ellas largos pasajes atravesaban las dos líneas de murallas, fosos, etc. En el centro de esta ciudad, que parecía la rosa de los vientos, estaba el palacio de Al-Mansur, llamado Qubbat al-Khadra, por la cúpula verde que coronaba uno de sus salones. Junto al palacio se encontraba la gran mezquita, de modo que el califa podía pasar directamente a la maqsura desde él. Esta mezquita, construida de adobe y con columnas de madera, fue reconstruida más sólidamente por Harun al-Rashid y luego ampliada al otro lado del muro del palacio, que era el primer muro de la Kibla. La mezquita se duplicó de una forma curiosa y quedó con dos patios, transformándose la antigua sala de rezos en un pórtico profundo abierto a los dos patios. De todo esto no queda nada más que descripciones literarias antiguas (Al-Jatib) y reconstrucciones de los arqueólogos. Pero más queda de Racca, otra ciudad

mesopotámica fuertemente amurallada por Al-Mansur, de la que se conservan algunas ruinas de la puerta de Bagdad y de la mezquita.

El monumento que mejor conservamos de los abbasidas es el *castillo de Ukhaidir* o de *Ojeidir*, situado a unas 120 millas al sur de Bagdad, en pleno desierto (Fig. 134). Consiste en una construcción fortificada de planta rectangular de 175×169 m., con cuatro grandes puertas en el centro de cada lado y reforzada por torres semicirculares a todo lo largo de los muros. Una segunda construcción dentro de la puerta constituye el palacio, también ro-

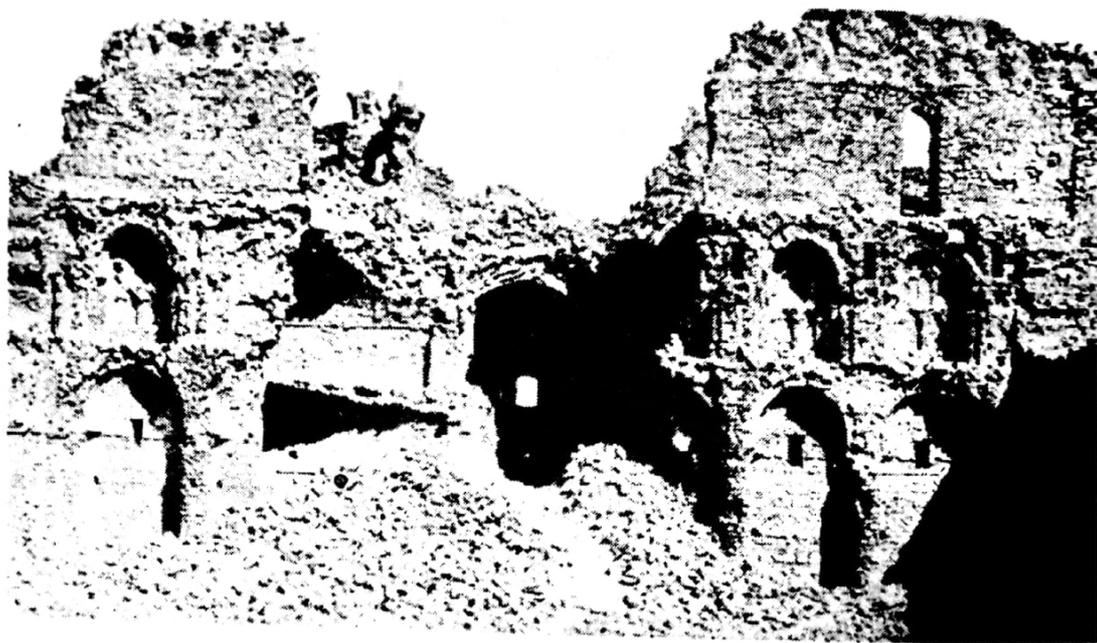


Fig. 134. Castillo de Ojeidir.

deado de muros torreados. En la planta del palacio domina el patio de honor, en cuyo frente se encuentra el gran *liwan* o salón de recepciones abierto al patio por un magnífico arco. Rodeando al núcleo central, otros pequeños patios componen células independientes con sus propios *iwanes*. Se trata probablemente de departamentos de personas de la familia del califa o de cortesanos y magnates.

Las imponentes ruinas de Ojeidir se han mantenido mejor que las de Bagdad, por su aislamiento y por su construcción a base de pequeñas lajas calizas que forman una mampostería con argamasa de yeso. Todas las estancias y corredores son abovedados

y aunque muchas de estas bóvedas se han venido al suelo algunas persisten. Según Creswell, Ojeidir se construiría el año 778 como residencia del príncipe abbasida Isa ibn Musa.

Antes de morir, Harum al-Rashid designó heredero suyo a Al-Amin, pero a la muerte del gran califa otro hijo suyo, Al-Mamun, se hizo con el poder asesinando a su hermano. Este monarca, para sus expediciones militares y para consolidar su poder, apeló a la ayuda de mercenarios turcos que habían de combatir en la gangrena del califato de Bagdad hasta, al final, acabar con él. Los desórdenes causados por las tropas turcas hicieron incómoda y peligrosa la ciudad de Bagdad, y el califa buscó otro lugar para residencia de la corte en el alto Tigris. Este fue el origen de Samarra, ciudad fundada en 836. Como ocurrió antes con Bagdad, el califa trajo operarios y artesanos de todas partes de su Imperio y los materiales más ricos que pudo encontrar, despojando de columnas y mármoles las mejores iglesias de Alejandría.

En Samarra quedan restos imponentes, pero convertidos en informes ruinas, del palacio de Al-Mutasin. La parte mejor conservada es la llamada Bab-al-Amma, tres salas abovedadas en túnel que corresponden a tres *iwanes* del palacio, el central de mayor tamaño (7,86 m. de luz) que los laterales. Años después el califa Al-Mutawakkid (847-861) construyó la gran mezquita de Samarra, la más grande de todo el Islam. Sus muros forman un rectángulo de 240 × 156 m y tienen un espesor de 2,65 m. Cada 15 m. sobresale un torreón semicircular, lo que le da a la mezquita el aspecto de una enorme fortaleza, que en realidad es lo que es. La gigantesca masa de estos muros de ladrillo los ha salvado de la destrucción, mientras que los soportes del interior, y con ellos toda la estructura, han desaparecido. Tenía 25 naves, cuatro de las cuales, a cada lado, se continuaban, formando los pórticos del Sahn. El número de tramos en la sala de oración era nueve. Todas las autoridades coinciden en que el techo descansaba directamente sobre los soportes sin intermedio de arcos. Los pilares eran de ladrillo, de planta octogonal y con columnas de mármol adheridas en cuatro caras. Mediante estos pilares, el techo se elevaba a unos 10 m.

Lo más interesante de la mezquita de Samarra es el alminar en forma de torre espiral (Malwiya), colocado en el eje de la mezquita, a pocos metros de su muro norte. Tiene una base

cuadrada, cinco pisos en espiral y termina en un cuerpo cilíndrico decorado por arcos ciegos. Su ascendencia es clarísima, los zigurats asirios y babilónicos. Es cierto que muchos eran pirámides escalonadas de planta cuadrada, pero también los había circulares y en espiral, como el del palacio de Korsabad. Debían también existir otros muchos de este tipo, hoy desaparecidos, cuando se construyó la mezquita de Samarra.

Pocos años después de haber construido la gran mezquita de Samarra, Mutawakkid decidió construir otra ciudad al norte de Samarra. Las obras comenzaron en 859. En el año 861 se trasladó a la nueva ciudad, llamada Ja'Fariya, y cuando por primera vez se sentó en su trono dijo: «Ahora me doy cuenta de que soy verdaderamente un rey, porque yo mismo he construido una ciudad y vivo en ella.» Sólo pudo hacerlo durante nueve meses y tres días, al final de los cuales cayó asesinado en su palacio de Ja'Fariya. Su sucesor, Muhammad al-Muntasin, abandonó la ciudad y volvió a Samarra, ordenó la evacuación total de la población y el desmantelamiento de sus monumentos. No cabe vida más efímera ni más siniestro final. Las ciudades nacen y mueren como las rosas de los jardines de estos sátrapas caprichosos que sólo miden su poder destruyendo lo que otros hicieron y elevando construcciones insensatas para un día.

También construyó Mutawakkid la mezquita de Abu Dulaf en su nueva ciudad, versión reducida de Samarra, aunque de estructura más tradicional, pues sus naves estaban separadas por arquerías y no por simples pilares.

Arquitectura islámica en Egipto

Las ricas comarcas del Nilo, siempre codiciadas por los distintos conquistadores que se sucedieron después de la caída del Imperio faraónico, griegos, romanos, bizantinos y árabes, fueron un centro de irradiación cultural muy importante y una de las regiones más favorecidas de la antigua civilización. Para los árabes, Egipto era una de sus más ricas y florecientes provincias, tanto es así que no tardó en desglosarse del poder de Bagdad por su fuerza propia, que reclamaba prerrogativas autonomistas. Los tulumitas, gobernadores del califa en Egipto, empezaron a convertirse en verdaderos príncipes independientes, constituyendo

una dinastía que sólo teóricamente dependía de Bagdad. El Islam unificado empezaba a desvanecerse en todas partes, dejando paso a un Islam políticamente fraccionado en el que reinaban diversos califatos rivales.

En El Cairo musulmán, la vieja Fustat, se encuentra una de las más antiguas y venerables mezquitas, la de Amr, empezada a construir el año 643 y posteriormente remodelada y ampliada mu-

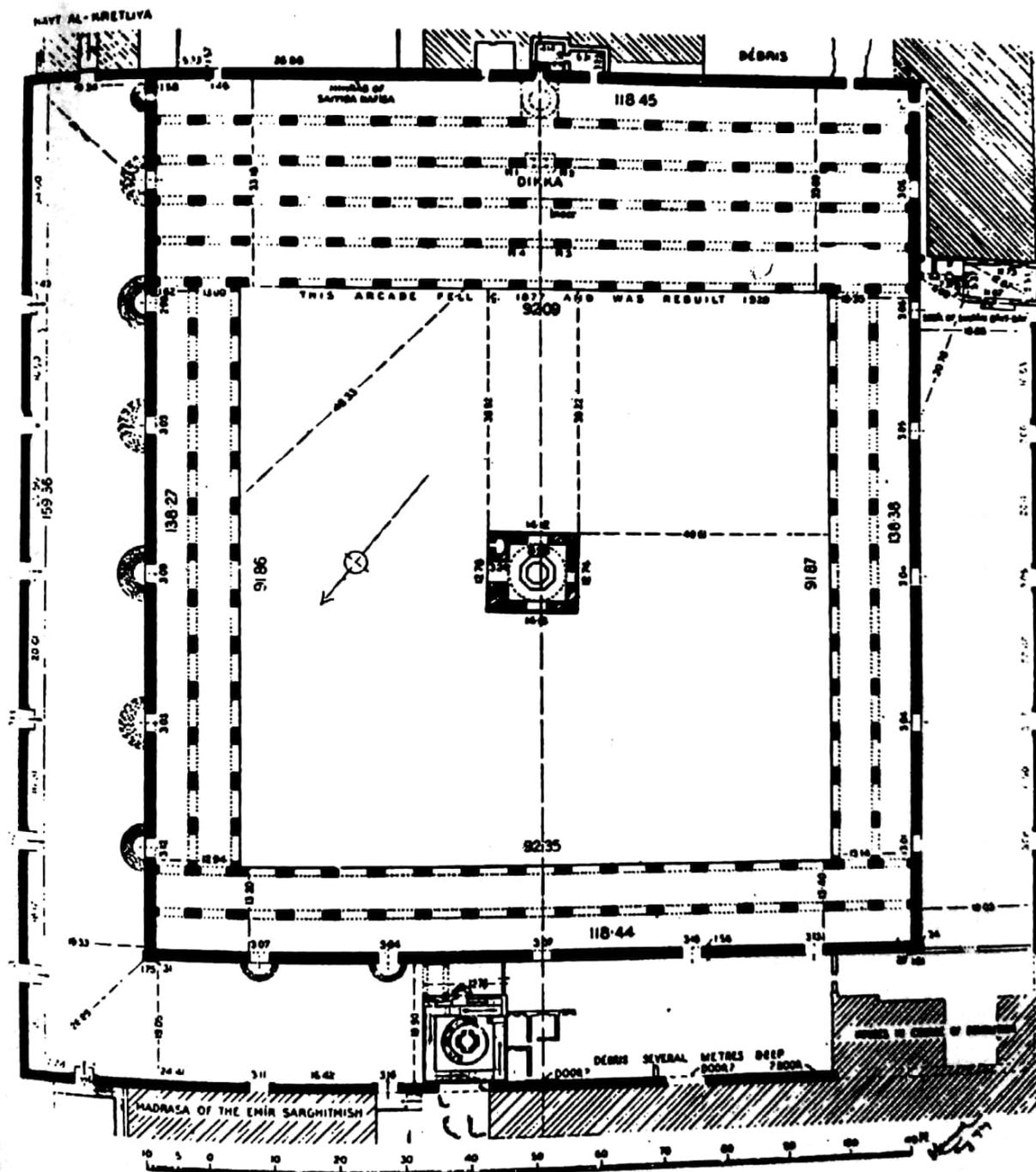


Fig. 135. Mezquita de Ibn Tulun. Planta. (Según Creswell.)

chas veces. El año 827 adquirió sus dimensiones actuales. Los lados de su recinto trapezoidal oscilan entre los 105 y los 117 m. La mezquita está dividida en naves transversales paralelas al muro de la Kibla, como en la antigua mezquita de Medina. Las arquerías, muy ligeras, descansan sobre columnas aprovechadas de monumentos antiguos. Para dar estabilidad a una estructura demasiado frágil, fuertes tirantes de madera unen los arranques de los arcos.

Tulum, el padre de Ahmad Ibn Tulum, fue un esclavo turco enviado por el califa Al-Mamun como gobernador de Bukhara. Su hijo Ahmad, nacido en 835, fue esmeradamente educado en la corte de Samarra y fue enviado a Egipto el año 868 como gobernador de Fustat, pasando luego a serlo de todo Egipto, donde, como hemos dicho, llegó a ser fundador de una dinastía virtualmente independiente.

A Ibn Tulum se debe la construcción de una de las mejores mezquitas de todo el Islam y de las que por rara circunstancia se han conservado mejor (Fig. 135). Habiéndose quejado la población de falta de sitio durante el rezo de los viernes en la mezquita de Amr, Ibn Tulum decidió la construcción de otra nueva, cuyas obras comenzaron en 876. El edificio es de gran regularidad y el Sahn, completamente cuadrado, mide 92 m. de lado. Este patio está rodeado por todas sus caras de *riwāqs* o pórticos que tienen cinco naves en la parte correspondiente al muro de la Kibla y dos en los otros lados. El esquema no puede ser más simple ni más efectivo y se puede poner como modelo conceptual de lo que es una mezquita. Las naves están divididas por arquerías paralelas a los muros perimetrales, formadas por arcos apuntados de gran desarrollo sostenidos sobre grandes pilares macizos. Como los arcos se elevan a considerable altura, bastan ellos para soportar la techumbre plana de madera sin necesidad de una estructura superpuesta. En cambio los gruesos pilares hubieran dejado mucha masa de fábrica en las enjutas si éstas no hubieran sido aligeradas por unos arquillos, colocados como los aliviaderos de los puentes. La solución no puede ser más feliz. Las columnas, antes elementos resistentes, aquí se han convertido en formas simbólicas que decoran las esquinas de los grandes pilares. Sobre ellas apoyan las arquivoltas decoradas, que con las columnas forman un lógico discurso que respeta el sintagma arco-columna.

La mezquita de Ibn Tulum es la primera de Occidente que adopta francamente el pilar de fábrica, en lugar de la columna, como soporte. Esta novedad se explicó de diversas maneras, algunas legendarias, como la de un cautivo cristiano que dio la solución para no tener que buscar columnas, difíciles de encontrar, y que mereció por ello su liberación.

Leyendas aparte, la aparición de los pilares tiene una razón clara. Ibn Tulum había sido educado en Samarra y había contemplado la construcción de las grandes mezquitas de ladrillo de los califas abbasidas, que no hizo más que imitar en El Cairo, tanto en la estructura como en la elegante decoración. El arte de los tulumitas puede considerarse en bloque como un satélite segregado del tronco mesopotámico.

A los tulumitas sucedieron los fatimíes, que, como hemos

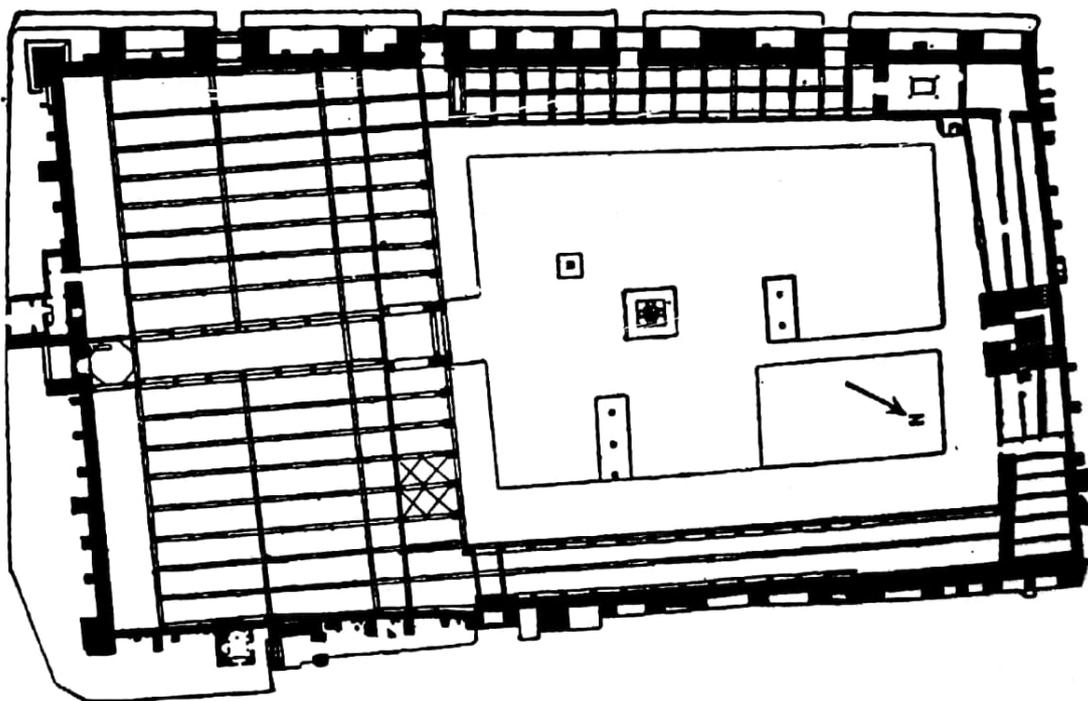


Fig. 136. Mezquita de Sidi Ocba en Kairuan.

visto en el capítulo I, llegaron a Egipto oriundos del lejano Mogreb, después de permanecer durante sesenta años en Kairuan como soberanos sucesores de los aglabitas. Llegados a El Cairo, una de sus primeras fundaciones fue la mezquita de el-Azhar (970-971), donde se percibe claramente la influencia de la gran *mezquita de Sidi Ocba* en Kairuan, de la que, por consiguiente,

conviene que, haciendo un salto atrás, demos aquí la referencia pertinente (Fig. 136).

Se atribuye su fundación a Sidi Ocba, compañero del profeta que el año 670 fundó Kairuan en la Ifriqiya, antigua provincia romana. Pero la antigua mezquita fue totalmente demolida y Ziyadat Allah, tercer gobernante de la dinastía de los aglabidas, la reconstruyó por entero el año 836. Ahmad, en el año 862, decoró el mihrab con azulejos mesopotámicos de reflejos metálicos y construyó el mimbar o púlpito, el más antiguo y precioso que se conoce. La planta de la mezquita forma un rectángulo ligeramente deformado de 120×70 m., aproximadamente. El gran patio es muy profundo, así como la sala de oración, dividida en 17 naves, divididas en 10 tramos. Las arquerías no son paralelas al muro de la Kibla como en Medina, Damasco y otras primitivas mezquitas, sino perpendiculares a él, como en Córdoba, de donde pudieron tomar tal solución. Las columnas son de monumentos romanos, tan abundantes en la región, y sobre ellas se elevan arcos, ligeramente de herradura, que soportan la cubierta. El anclaje de la frágil estructura columnaria se hace mediante fuertes tirantes de madera. La nave central es más ancha y está señalada por dos cúpulas, una a la entrada y otra delante del Mihrab. Frente a la fachada del patio se levanta majestuoso el alminar, gigantesca torre formada por tres cuerpos en degradación.

Del mismo tipo es la gran mezquita de Túnez, la Zaytuna, construida por las mismas fechas, pero luego muy redecorada.

Cuando los fatimitas, después de haber pasado por el gobierno de la Ifriqiya, se adueñaron de Egipto (969), copiaron en la mezquita de el-Azhar la de Kairuan, dando una vuelta completa, pues la mezquita de Kairuan se había inspirado posiblemente en la de Amr, también en El Cairo. La mezquita de el-Azhar vuelve otra vez a la tradición columnaria, de la que se había separado la de Ibn Tulum. En cambio la mezquita de el Hakim (996-1020), terminada en 1003, sigue más de cerca las trazas de la de Ibn Tulum.

Los fatimíes construyeron importantísimas fortificaciones en El Cairo, algunos de cuyos lienzos y puertas notabilísimas (Bab-el-Nasr, Bab-el Futuh, Bab Zuaila) subsisten. Durante la época fatimí aparecen en la arquitectura diversos motivos de origen iraní, como los mocárabes o estalactitas, los arcos apuntados que

recuerdan a lo que luego será el arco *Tudor* gótico, las marqueterías de cerámica, etc.

En el año 1171 Saladino termina con los califas fatimíes, une Siria y Egipto, restaura la cúpula de la mezquita de la Roca y construye la ciudadela de El Cairo. Sus sucesores, los ayubidas, construyen tumbas y madrazas.

Los mamelukos, antiguos oficiales de la Guardia de Corps de los califas ayubidas, se apoderan del poder y gobiernan en Egipto desde 1250 a 1517. El período de los mamelukos es de un gran esplendor, desde el punto de vista monumental. Todos estos califas rivalizan en la magnificencia de sus construcciones, en gran parte para dejar memoria perdurable de su existencia. De aquí que muchas de sus mezquitas fueran a la vez mausoleos elevados a su gloria póstuma. La arquitectura religiosa abandona sus tipos tradicionales, la gran sala de columnas o pilares y ensaya una nueva tipología que permite un mayor énfasis monumental, sobre todo externo, gracias a las altas fachadas, las cúpulas y los elaborados alminares. No cabe duda que se percibe una cierta influencia del mundo occidental que se produce a través de las Cruzadas y una evolución provocada por el deseo de novedad y modernidad.

Muchas de las construcciones religiosas no son ya simples mezquitas, sino complejos curiosos a los que se une el mausoleo, la madraza o, en algunos casos, el hospital, instituciones que fomenta la liberalidad de los califas. Una de estas primeras fundaciones es la mezquita funeraria del sultán Kalaum (1248-1285), que lleva unidas una madraza y un hospital (maristán). En las fachadas se advierte un deseo de exteriorización, más occidental que oriental. Las ventanas se enlazan en cadenas verticales, dentro de arcos apuntados, que producen una articulación pintoresca; los paramentos policromos forman un juego de damas blanco-rojo mediante placas de diverso tamaño. La cúpula del mausoleo y los minaretes, ensamblaje de prismas y cilindros en degradación da lugar a una silueta movida y expresiva.

La más importante de las mezquitas-mausoleo unidas a una madraza es la del sultán Hassan (1347-1351) (Fig. 137). Su programa, bien expresado en la planta, es de una gran originalidad. Un enorme bloque encierra en su centro un patio abierto, cuadrado, prolongado en forma de cruz y por cuatro iwanes abovedados como túneles. Uno de ellos es el iwan-Kibla, donde está el mihrab.

A continuación del iwan-Kibla, la gran capilla funeraria de planta cuadrada cubierta por cúpula. En los ángulos del patio, entre los iwanes, están las cuatro escuelas de la madraza donde se estudiaban las ciencias religiosas, y en particular el derecho musulmán, de acuerdo con los cuatro ritos principales. Cada una de estas escuelas disponía también de celdas para los estudiantes.

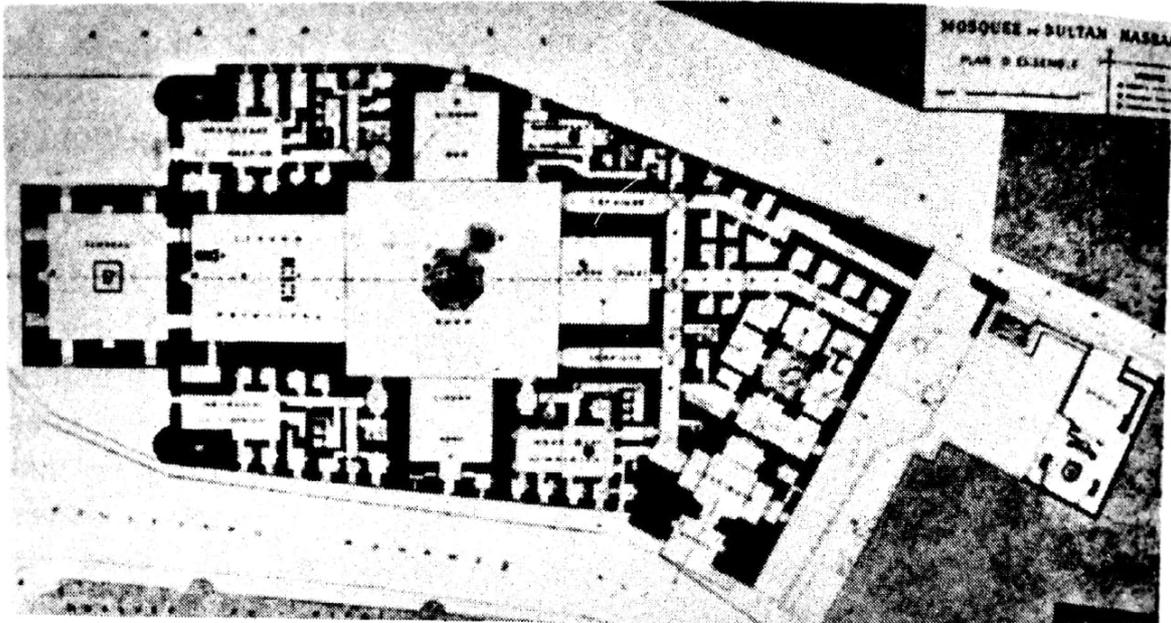


Fig. 137. El Cairo. Mezquita-mausoleo del sultán Hassan.

Las fachadas de esta enorme construcción parecen en algún aspecto las de un edificio moderno, con sus ventanas unidas verticalmente dentro de rehundidos murales que terminan en una línea de mocárabes. La gran cornisa que circunda todo el bloque es también de mocárabes. Pocos edificios dan mejor idea de la magnificencia y la pujanza de los sultanes mamelukos que esta mezquita de Hassan.

La mezquita de Kait Bey, levantada en 1472, es acaso la más gentil construcción que resume la evolución de la arquitectura de los mamelukos. Su planta ha sido muy alterada, pero el conjunto de sus volúmenes exteriores aún permite apreciar su afortunado ensamblaje. La fachada con su elevado minarete, la cúpula de perfil apuntado, típicamente iranio, sobre un cuerpo quebrado que acusa las trompas interiores, la rica decoración policroma de fajas alternadas, como en la arquitectura medieval italiana, los bellos arabescos que cubren la superficie de la cú-

pula y los prismas del alminar dan a esta mezquita funeraria un encanto particular.

Del mismo tipo, con variaciones sutiles, son las tumbas de los califas mamelukos, extramuros al este del viejo Cairo que afilan en la aridez del desierto su picante silueta.

La última gran mezquita de esta prodigiosa ciudad, la más impresionante metrópoli musulmana que subsiste, es la de Mohamed-Alí, en lo alto de la ciudadela. Es una construcción de la época del dominio otomano y repite una vez más la lección de Santa Sofía.

La arquitectura musulmana en el mundo iranio

Desde el siglo IX la debilidad creciente del califato de Bagdad resquebraja su autoridad que se va convirtiendo en algo más teórico que real, admitiéndose la superior dignidad religiosa de los califas, pero difícilmente su potestad política, No sólo en el lejano Occidente, en Córdoba y en el Maghreb, en Egipto, sino en comarcas muy próximas a Mesopotamia, su autoridad se iba haciendo cada vez más ficticia.

En el Irán, con la expansión victoriosa de los turcos seldjús-

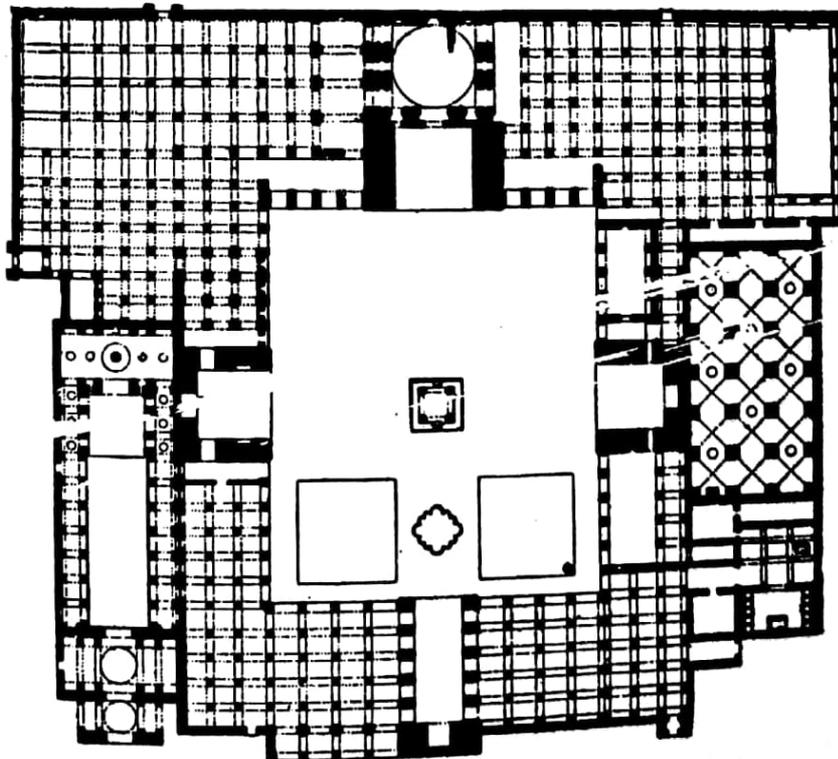


Fig. 138. Mezquita de los viernes de Isphahan.

cidas (1037-1157), se constituye un Imperio que dará días de gloria al Islam y que se revelará como uno de los focos más creadores del arte oriental. En términos generales puede decirse que la primacía cultural de Bagdad y Samarra pasará a las grandes ciudades del mundo iranio, Ispahan, Rum, Konieh Mechhed, Samarcanda. La cultura y el arte iranos irradiarán a la India musulmana.

A partir del siglo XI no se construye en Irán ninguna mezquita de soportes y éstas se sustituyen por la mezquita de cúpula e iwan típicamente irania. Este importante cambio se produce al comienzo de la dominación de Persia por los seldjúcidas. La gran mezquita de los viernes de Ispahan, que era una mezquita de pilares del siglo X, se reconstruye en 1072 y se rompe el ritmo de la sala primitiva al introducir cúpula ante el mihrab (Fig. 138). Luego, en 1121, después del incendio del viejo oratorio, se añaden al patio cuatro iwanes, uno en cada lado, y se constituye el tipo de mezquita persa (Fig. 138). A él corresponden las de Timor en Samarkanda, las de Bukhara, Herat y Mechhed.

El iwan es la aportación más interesante de la arquitectura persa al Islam. Sus antecedentes son lejanos y arrancan del período de los sasánidas, instaurados en Persia después de la derrota de los partos en el siglo III. El palacio del rey Cosroes II en Ctesifonte, del siglo IV, presenta el que podemos llamar primer gran iwan de la historia: un enorme salón abovedado en forma túnel y abierto por uno de sus lados al patio. Los califas abbasidas, culturalmente herederos del Irán, repitieron este motivo para sus grandes salones de aparato en Ojeidir o en Samarra.

Las invasiones de los mongoles convierten en azarosa la existencia del Imperio persa hasta caer bajo su completa dominación en 1243. Pero los mongoles, constructores fastuosos, edificaron sus propias tumbas y monumentos adoptando los elementos arquitectónicos y el estilo del país. Como siempre, los conquistadores son a su vez conquistados por una cultura superior a la suya. Los grandes iwanes, cerrados muchas veces por bóvedas estalactísticas, siguen jugando un papel preponderante en las mezquitas mongoles, como la de Veramina y la de Gawhar Chad en Mechhed. Los iwanes abiertos como arcos triunfales suelen estar flanqueados por esbeltos minaretes y acompañados por las cúpulas de las grandes salas de oración, a las que sirven de pórtico. El conjunto constituye uno de los grandes aciertos de la arquitectura irania.

El revestimiento de marquetería de cerámica, donde dominan los azules sobre los que se destaca la melodía floral de los atauriques, otorgan a estas mezquitas una brillantez inusitada, producto de la más rica fantasía oriental.

Uno de los monumentos más extraordinarios del período mongólico es el mausoleo de Tamerlán en Samarcanda, el Gur Imir o tumba del príncipe. Es una tumba octogonal coronada por una alta cúpula acanalada que parece una torre, toda revestida de cerámica y precedida por un pórtico que afecta la forma tradicional del iwan. No queda nada de los jardines que la rodeaban, pero podemos imaginarlos gracias al parque del Tadj Mahal en Agra (1630), concebido sobre el mismo modelo.

Hacia el año 1515 un nuevo equilibrio de poderes se instaura en el mundo islámico. Mientras los turcos se apoderan de todos los países árabes ribereños del Mediterráneo, el Irán, liberado de los mongoles, instaura una dinastía de origen nacional, los Safavides. Chah Abbas, el más grande monarca de esta dinastía (1587-1628), consigue, gracias a su largo reinado de cuarenta y un años, realizar una obra ingente en su capital, Ispahan, que renueva urbanísticamente y engrandece con monumentos como la mezquita Real y sus fantásticos palacios. La mezquita Real consagra definitivamente el tipo de santuario iranio con el gran patio presidido por cuatro iwanes que rompen en los ejes el ritmo de las arcadas superpuestas del patio. El iwan principal, flanqueado de esbeltos alminares cilíndricos, como chimeneas, que enmarcan la cúpula bulbosa del santuario, se ha convertido en una estampa típica y casi tópica del fabuloso mundo islámico persa.

El estilo otomano

Los osmanlíos o turcos otomanos formaban modestas tribus de pastores que arrojados de su lugar de origen por los mongoles rindieron determinados servicios militares a los sultanes seldjúcidas, de los que obtuvieron territorios en Bitinia para que pudieran pastar sus rebaños. Osman, fundador de la dinastía que lleva su nombre (1299), preparó las bases institucionales de un modesto Estado que pronto había de desplegarse con increíble velocidad de propagación. Las conquistas empezaron con su hijo Orkham, que atravesó el Helesponto en 1358. Amurat I tomó Adrinópolis

en 1362, Amurat II ocupó Salónica en 1430 y Mehemet II Constantinopla en 1453. Lo que no habían conseguido los omeyas en el período de mayor esplendor de la expansión mahometana en el mundo antiguo, lo lograron estos turcos otomanos que todavía a finales del siglo XIII eran un grupo insignificante en el gran mosaico de los pueblos islámicos.

Dueños de parte del oriente europeo, llegaron luego a dominar Mesopotamia, Arabia, el país santo de La Meca y de Medina, el Egipto de los mamelukos y el norte de Africa hasta Túnez, constituyendo el mayor de los Imperios, el más temeroso y potente bajo la enseña de la media luna. El último califa abbasi-da, refugiado en El Cairo como jefe espiritual del Islam, entregó a Mehemet las reliquias del profeta, lo que le valió el título de califa. Su hijo Solimán el Magnífico (1520-1526) agrandó todavía más sus Estados y elevó a su punto más alto el prestigio de la Sublime Puerta.

La arquitectura otomana anterior a la conquista de Constantinopla, la de sus antiguas capitales, como Brussa o Adrinópolis, palidece si se la compara con la que luego se produjo y surgió bajo la enorme impresión que debió producir a los dirigentes otomanos la vieja capital del Imperio bizantino y su obra máxima, Santa Sofía de Constantinopla. El templo de Justiniano, que había sido una meta demasiado inasequible para los modestos constructores sin recursos del decaído Imperio de Oriente, reverdecía, cosa curiosa, en manos de los infieles y de un Estado poderoso, que se encontraba con fuerzas suficientes para tomarlo de modelo y reiterarlo en múltiples y afortunadas variaciones.

Al consagrar los turcos como símbolo religioso del Imperio la antigua Hagia Sofía, todas las mezquitas del nuevo Estado se hicieron a su imagen y semejanza, con el solo rasgo, distintivo de la nueva religión, de unos alminares en forma de agujas cilíndricas de tradición irania. También fueron de tradición irania los detalles y decoración interior de los santuarios, las estalac-titas, los revestimientos de cerámica, como los de la bellísima mezquita del Sultán Ahmed. Sin embargo, hay que considerar que frente a la arquitectura del Irán los turcos, sin duda con mayor propiedad, guardaron los revestimientos polícromos para el interior, seguramente por no querer alterar la sencillez y majestad de los volúmenes exteriores y por mantener la mayor afinidad con Santa Sofía.

Los constructores otomanos adoptaron unas veces la planta de Santa Sofía, con su cúpula central y sus dos semicúpulas siguiendo el eje principal, como en la mezquita del Sultán Suleimán, y otras veces el plan cruciforme o de doble simetría con cúpula central y cuatro semicúpulas, como en la mezquita del Sultán Ahmed. En cualquier caso, siempre solían colocar cuatro pequeñas cúpulas en los ángulos del cuadrado base de la planta. Todo ello daba lugar a una agrupación piramidal de volúmenes que se parece a la que vemos en los dibujos de Leonardo, cuando imaginaba templos cruciformes. No en balde estas mezquitas de Istambul son también hijas del Renacimiento.

El más célebre de los arquitectos de este período es el maestro Sinan, a quien se supone griego o armenio, y que siendo cristiano fue el mayor constructor de mezquitas que registra la historia, pues se dice que construyó 81. Su obra magna es la mezquita de Suleimán I, la Sulaymanié, construida entre 1550 y 1556. Sigue fielmente la disposición de Santa Sofía, una cúpula de 26 m. de diámetro y dos semicúpulas que con las de los deambulatorios suman trece cúpulas. Por la pureza del estilo, que corresponde al apogeo de la arquitectura otomana, por la regularidad de sus planos y la armonía de su conjunto está considerada como el templo islamita más bello de Constantinopla y el segundo monumento de la ciudad, después de Santa Sofía.

La mezquita de Mohamed II el Conquistador, construida por el griego Cristódulo entre los años 1463-1469 donde estaba la iglesia de los Santos Apóstoles, fue destruida por un temblor de tierra en 1766 y reconstruida con planta cruciforme en 1771.

La mezquita de Bayaceto, hijo de Mohamed II el Conquistador, construida en 1501-1505 sobre el plan de Santa Sofía, es celebrada por la belleza de su atrio de columnas de jaspe con capiteles estalactíticos. Es el famoso atrio de las palomas, aves predilectas del sultán.

La mezquita de Ahmed I (1609-1614), la mezquita azul, terminada en 1616, es el más bello templo de doble simetría. Su planta, atrio y sala de oración, es de una simetría y una claridad geométrica tan perfectas que puede compararse con el más depurado esquema renacentista. Su interior, totalmente revestido de bellísima azulejería, donde domina el color azul, produce un efecto fascinante. El espacio bajo una cúpula de 30 m. de diáme-

tro se amplifica en ondas magníficas, vibra y reverbera cuando la luz cambiante da vida a los alicatados.

La mezquita de la sultana Valide, esposa de Ahmed I, se construyó en 1665, tomando como modelo la de Ahmed I. En la tumba o capilla funeraria adjunta yacen los restos de la fundadora, de su hijo Mohamed IV y de muchos otros sultanes y príncipes.

Estas son las mezquitas más importantes de Istambul, las que sirven de diadema a Santa Sofía, que los turcos convirtieron en fundamento de un estilo imperial rindiendo culto a Justiniano y al espíritu griego.

A comienzos del siglo XVIII, las relaciones más estrechas entre Turquía y Europa trajeron como consecuencia una aclimatación de los estilos de la época, el barroco y el rococó, en las riberas del Bósforo. Se produjo un arte híbrido y bastante vulgar en el que arquitectos italianos educaron a los maestros locales para alimentar la vanidad y mal gusto de los decadentes sultanes. Desde el punto de vista de una historia general de la arquitectura carece de interés, aunque pueda tenerlo, desde luego, desde un enfoque localista y como caso curioso de mestizaje.

Morfogénesis de la mezquita. Relación entre espacio y estructura. Tipos fundamentales

Ahora que hemos pasado revista a las principales fases del arte árabe, deteniéndonos sobre todo en su arquitectura religiosa, es decir, en las diversas modalidades, estilos y expresiones que alcanzaron las mezquitas, podemos decir algo de su génesis, de su forma y sentido espacial y de sus diversos tipos.

El edificio destinado al culto en el Islam tiene un carácter específico que nace, naturalmente, de los mismos principios de la religión profética. Una religión radicalmente monoteísta, centrada en el culto del Todopoderoso, sin otros misterios que una verdad «revelada» a Mahoma y codificada por él en el libro Santo, el Corán. Una religión sin sacramentos y sin ministros, sin clase sacerdotal. Dios ni ha descendido entre los hombres ni habita en sus santuarios. Por lo tanto, la mezquita no es la casa de Dios, ni el asiento de una asamblea jerarquizada. No es ni la *domus Dei* ni la *ecclesia* de los cristianos. Es una simple sala de oración donde el musulmán se retira para la

plegaria en soledad o se reúne colectivamente para la oración del viernes (*salat*), que preside el imán. El imán no es un ministro del culto, no es un sacerdote, sino un guía de la oración. La palabra imán quiere decir guía, conductor de caravanas; era el que iba a la cabeza de las recuas de camellos en sus largos y penosos recorridos. De aquí pasó la voz a designar el hombre modelo o guía que dirigía la oración e indicaba los movimientos rituales. El supremo imán del Islam era el Califa (el sucesor del Profeta) y a él le tocaba dirigir la oración de los viernes en la gran mezquita de la ciudad donde residía. Los delegados, emires o gobernadores del Califa eran por este hecho los imanes de las diversas provincias que estaban bajo su mando, pues el hecho de dirigir la oración era el signo de su autoridad. En el Islam no existe separación alguna entre la potestad civil y la religiosa.

Si el imán representa el linaje profético en su más alto sentido, como encarnación suya existe un imán al frente de cada oratorio, que a veces ostenta también una autoridad municipal y que vela por las buenas costumbres en la circunscripción de su mezquita.

La función, por lo tanto, del templo no podía ser más simple. Se trataba exclusivamente de un lugar para rezar, mirando a La Meca, la Ciudad Santa. La manera mejor de orientar esta mirada era dirigirla en un sentido, no hacia un punto, sino en una dirección, y esta dirección la marcaba un muro debidamente orientado al que las miradas se dirigían perpendicularmente. Este es el muro de la Kibla; mirando hacia él se mira hacia La Meca. Para señalar este muro y distinguirlo de los demás que podían cerrar la sala de oración se labró en él un pequeño nicho, el mihrab, que no hay que confundirlo con un altar. El altar, en el templo cristiano, es el lugar de sacrificio cuya representación debe seguir el creyente, pero en el mahometismo no existe sacrificio alguno y no es, por lo tanto, el mihrab centro de su atención, sino el muro de la Kibla indiferenciadamente. Por eso el espacio de la mezquita se desarrolla en un sentido que podríamos llamar transversal, no en profundidad, sino en anchura, en contraste con el templo cristiano, desarrollado en profundidad para focalizar toda la estructura hacia el altar, el centro del sacrificio y el drama divino.

En un principio la mezquita era un simple espacio abierto donde los fieles rezaban mirando en una dirección. Podía ser una

plaza pública y de hecho muchas veces lo era. Todavía hemos visto en las plazas de El Cairo cómo durante la oración de la tarde, a la voz del almuédano, se arrodillaba la multitud mirando en una dirección. En estas plazas rodeadas de pórticos radica la génesis de la mezquita y así fueron constituyéndose las mezquitas de La Meca y Medina. Los pórticos paralelos al muro de la Kibla fueron aumentados en número para procurar una zona cubierta más amplia y para proteger a los fieles de las inclemencias del tiempo, sobre todo del sol abrasador. Así se fue distinguiendo la sala de oración del patio o Sahn originario. Pero siempre la sala de oración conservó el sentido de pórtico y por eso quedó siempre abierta al patio.

De este modo se fueron constituyendo las mezquitas hipóstilas o de pórticos múltiples, que son, tipológicamente hablando, las verdaderas mezquitas, mientras que los otros tipos son, al fin y al cabo, degeneraciones del puro concepto de mezquita. Las salas hipóstilas fueron adquiriendo diversas modalidades y se estableció una enorme gama de variaciones sobre el mismo tema. En principio estas salas hipóstilas fueron columnarias. Es natural, los árabes ocuparon las más ricas comarcas del mundo antiguo helénico y romano y se vieron sorprendidos y maravillados por sus grandes construcciones columnarias. Eran aficionados a despojar estas construcciones de sus elementos más valiosos para aprovecharlos en las suyas. De columnas eran las primeras mezquitas, la de Damasco, la de Amr en El Cairo, la de Kairuam, la de Córdoba. Luego estas columnas se sustituyeron por pilares, cuando estos elementos escaseaban o cuando en Mesopotamia o en el Irán la falta de piedra obligaba a construir en el ladrillo. Así surgieron las salas hipóstilas de pilares, como vemos en las mezquitas de Samarra, como serían las de Bagdad, o como es la de Ibn Tulum en El Cairo, por influencia mesopotámica. Los almohades y almohades, herederos de la cultura de Al-Andalus, también impusieron la mezquita de pilares.

Columnas o pilares solían estar unidos por arcos, constituyendo arquerías continuas que se sucedían como planos de sustentación para sostener las techumbres; otras veces, las menos, los pilares, sin intermedio de arcos, sostenían los techos, como ocurrió en Samarra. Resultaban salas hipóstilas de soportes, verdaderas apadanas.

En las mezquitas de arquerías sobre soportes, éstas podían

ser paralelas al muro de la Kibla, como sucede en Damasco y en la de Ibn Tulum, o perpendiculares a él como en Kairuan o en Córdoba. Las primeras están más cerca de la mezquita pór-tico, pero las segundas tienen mayor sentido cuando la sala de oración ha ganado en énfasis y profundidad. Si la mirada ha de dirigirse al muro de la Kibla, es lógico que las líneas de arquerías vayan marcando esta dirección. La concordancia entre el sentido que quiere darse al espacio y la estructura que lo posibilita es así mayor. El espacio de la mezquita hipóstila musulmana es indiferenciado y monótono, carece de límites, como el mismo desierto o como un palmeral en el oasis. Puede continuar indefinidamente. Es un espacio no condicionado por sus límites, como lo es un espacio arquitectónico formalizado, típico de la cultura occidental. Ni un templo grecorromano, ni una catedral gótica, ni San Pedro de Roma pueden ampliarse indefinidamente, pues su morfología está condicionada por sus mismos límites, que son el supremo rasgo definitorio de su espacialidad. Una mezquita hipóstila es todo lo contrario, puede prolongarse en cualquier sentido sin que padezcan ni su sentido estructural ni sus vivencias espaciales. Desde luego, muchísimas mezquitas fueron ampliándose al correr del tiempo, conforme las necesidades o el crecimiento de las poblaciones lo exigían, aumentando los pórticos o sumando naves; el caso de Córdoba es el más típico. Las salas hipóstilas, cuando cubren un área que se considera suficiente, se limitan por unos simples muros, pero estos muros no condicionan para nada la estructura del edificio, no son consustanciales con ella. Por eso pueden trasladarse como se quiera.

En el Irán, como hemos visto, surgió otro tipo característico de mezquita que alcanzó gran difusión en el área más oriental del Islam. A partir del siglo XI, la Persia de los seldjúcidas y de los mongoles deja de construir la mezquita de soportes y ésta se sustituye por la mezquita de iwan y cúpula. Se trata de un tipo de mezquita donde el área abierta, el Sahn o patio, constituye el centro de la organización. Vuelve a semejar una gran plaza pública donde puede congregarse la multitud de los fieles. Las construcciones que rodean esta plaza sirven para alojar madrazas, hospitales o fundaciones pías, que cada vez son más importantes y que se acogen bajo el prestigio de un importante santuario. En los cuatro lados del patio se levantan marcando el centro, como si fueran arcos triunfales, los iwanes, consecuencia

de los salones en túnel de los sasánidas. En el lado que mira a La Meca y detrás del iwan principal una estancia cubierta con elevada cúpula constituye el santuario propiamente dicho.

El modelo más perfecto de la mezquita irania lo tenemos en la mezquita imperial de Ispahan, construida por Chah Abbas. El tipo de mezquita-iwan y las disposiciones y formas arquitectónicas se extendieron por la India de los mongoles, que artísticamente es una provincia del Irán.

En Egipto, sobre todo en la época de los mamelukos, se ensayan otros tipos de mezquita que podemos llamar mezquita bloque, generalmente funeraria. Ya no se trata de la extensa e indiferenciada sala hipóstila horizontal como la llanura. Se trata de un verdadero bloque de edificación, a veces de considerable altura, donde junto con el santuario se agrupan escuelas coránicas y otras instituciones dependientes. Fundaciones casi siempre de un príncipe que quiere perpetuar su memoria. En ellas se suele labrar su sepulcro dentro de una monumental capilla funeraria con cúpula que generalmente domina todo el conjunto. Un compromiso curioso de la mezquita bloque y la mezquita iwan es la del sultán Hassan en El Cairo. La de los sultanes Kalum y Käit-bey en El Cairo son típicas mezquitas funerarias bloque.

Por último, los turcos otomanos adoptaron para sus santuarios, sin ninguna vacilación ni prejuicios, el modelo de Santa Sofía de Constantinopla, que propagaron en múltiples variantes, algunas muy inspiradas. Bien porque la arquitectura bizantina y la del Islam sean hijas del Oriente, bien por la peculiar estructura de Santa Sofía, el caso es que el modelo parece que estaba pidiendo su transformación en mezquita. Con el añadido de sus esbeltos minaretes, Santa Sofía y todas sus hijas del nuevo credo visualizan perfectamente la idea que tenemos de una mezquita.

Estos cuatro tipos, mezquita de soportes o hipóstila, mezquita irania de iwan y cúpula, mezquita bloque y mezquita otomana, son los más característicos, pero sin duda el fundamental es el primero, el que dio lugar, con sus múltiples variantes, a las más originales y más puras concepciones del templo ismaelita. Ni qué decir tiene que estos cuatro tipos a veces se mezclan entre sí, existiendo soluciones arquitectónicas híbridas y otras de menos clara filiación, sobre todo conforme los tiempos avanzan y la debilidad de los pueblos de Oriente les hace caer más fácilmente en el absorbente influjo del mundo occidental.